

Un botánico en el interior. Auguste de Saint-Hilaire en la Banda Oriental

Jean-Philippe Barnabé

Abstract

Entre los años 1816 y 1822, el botánico francés Auguste de Saint-Hilaire recorrió vastas extensiones del territorio brasileño, estudiando detenidamente la flora tropical pero sin dejar de interesarse en todo momento por la situación social y cultural de las poblaciones locales. Acumuló así un sinfín de observaciones, que desarrolló luego en pormenorizados relatos de viaje. En el último y más largo de sus periplos, llegó a la provincia de Rio Grande do Sul, y luego al territorio de la “Banda Oriental” (el Uruguay actual), dos regiones de clima más templado en donde censuró la predominancia de la economía ganadera y el consumo permanente de carne, y analizó los efectos psicológicos de una excesiva familiaridad con el espectáculo de la muerte de los vacunos. Ante ciertas escenas particularmente coloridas, los comentarios consignados en su diario de viaje ponen en evidencia una marcada brecha cultural, pero permiten también vislumbrar, detrás de la censura, del rechazo, y hasta del horror, una fascinación encubierta que, de alguna manera, responde a la antigua y compleja relación simbólica del hombre con la carne animal.

Abstract

Between 1816 and 1822 the French botanist Auguste de Saint-Hilaire travelled widely in Brazil, closely studying the tropical flora, and, at the same time, taking particular interest in the social and cultural situations of local populations. He thus collected a vast number of observations which he later developed into detailed travel narratives. On the last and longest of his journeys, he reached the province of Rio Grande do Sul, and the territory known as the “Banda Oriental” (today Uruguay). In both these regions, of a more temperate climate, he censured the predominance of a cattle-bound economy and the widespread consumption of beef, and analysed the psychological effects of an excessive familiarity with the spectacle of cattle-slaughter. Certain comments in his travel journal on particularly colourful scenes denote a marked cultural breach, but they also allow one to glimpse, behind the overt censoring, rejection and indeed horror, a hidden fascination, which would somehow be responding to the ancient and complex symbolic relationship between human beings and animal flesh.

El primero de abril de 1816, Auguste de Saint-Hilaire, un botánico francés de 37 años, ya reconocido dentro y fuera de su país, se embarca en Brest rumbo al Brasil. Goza para ello de un buen estipendio del gobierno, atribuido en honor a sus méritos y antecedentes y, si bien acompaña una embajada oficial que tiene como fin zanjar un diferendo franco-portugués sobre la Guayana, su misión personal no es política. El objetivo de su viaje es puramente científico: las colecciones de plantas que pueda reunir del otro lado del Atlántico tendrán como destino el Museo de Historia Natural de París, y sus estudios y conclusiones, la comunidad de sus pares.

Pocos años antes, el célebre viaje de Humboldt, que coronaba un siglo de grandes y famosas expediciones científicas, inauguraba a la vez una nueva era en América del Sur. En las dos décadas siguientes, el proceso de desintegración del imperio español había de abrir ampliamente el continente a los visitantes extranjeros, admitidos hasta ese entonces solo por excepción, y con muchas trabas. En el caso del imperio portugués, el acontecimiento determinante en ese sentido fue la instalación en 1808 de la corte en el Brasil, momento a partir del que el rey João VI establece nuevas relaciones con las potencias europeas, y facilita la llegada de ingleses, alemanes o franceses.

Atendiendo un cometido ya sea de orden científico o comercial –sin que muchas veces puedan delimitarse del todo las dos dimensiones–, la mayoría de estos nuevos viajeros se proponía hacer algo que no había estado casi nunca al alcance de los navegantes de los siglos anteriores, es decir, explorar zonas situadas más allá de las franjas costeras. En cuanto al Brasil, Saint-Hilaire tenía conciencia, y seguramente con razón, de ser el primero de sus compatriotas en encarar algo semejante. Apenas instalado en Rio de Janeiro, realiza algunos reconocimientos en los alrededores de la capital, y mientras se familiariza así con el clima y con paisajes tan deslumbrantes para él como lo habían sido para Humboldt los del trópico venezolano, prepara activamente sus incursiones tierra adentro.

La primera expedición, que comienza en diciembre, y dura quince meses, hasta marzo de 1818, tiene como marco la vasta capitanía de Minas Gerais. A su regreso, y luego de un tiempo dedicado a ordenar los materiales reunidos, Saint-Hilaire lleva a cabo, de agosto a noviembre de ese mismo año, un viaje más breve, a lo largo del litoral norte de Rio, hasta la capitanía de Espíritu Santo. Muy poco después, a fines de enero de 1819, emprende el más extenso y más ambicioso de sus tres viajes. Este se prolongará durante dos años y medio, hasta junio de 1821. Se encamina ahora hacia el sur, describiendo un inmenso círculo, que a partir de Rio de Janeiro lo conduce a São Paulo, de donde continúa hasta Porto Alegre, para penetrar luego en el territorio de la vieja Banda Oriental, y llegar hasta Montevideo. Desde allí, inicia el regreso hacia el norte, bordeando ahora la costa del río Uruguay rumbo al territorio de las antiguas misiones jesuíticas del Paraguay, que atraviesa en dirección a la

costa atlántica brasilera, pasando un año después otra vez por Porto Alegre, etapa obligada de la ruta que lo devuelve por fin a su punto de partida.

En junio de 1822, tras haber recorrido así a pie, a caballo o en carreta, cerca de doce mil kilómetros, según su propia estimación final, Saint-Hilaire regresa a su país natal. El resto de su vida está signado por el empeño en dar cuenta de estos seis años de incesantes, trabajosos, agotadores, pero a la vez exaltantes viajes por comarcas sureñas. Después de entregar a la Academia de Ciencias un primer informe sobre su viaje¹, publica a partir de 1824 una serie de trabajos especializados, en los que describe, con meticulosidad y pleno rigor clasificatorio, los siete mil especímenes de plantas con lo que había ido llenando cajas y baúles². Siguiendo en esto el ejemplo de Humboldt, solo después de haber cumplido con esta tarea se aboca a la escritura de un conjunto de relatos de viaje, destinado a un público más general. En razón de una salud bastante quebrantada por sus andanzas, debe sin embargo resignarse a espaciar considerablemente las sucesivas publicaciones. La serie de los “Voyages dans l’intérieur du Brésil” –tal es su título general– se inicia en 1830, con *Voyage dans les provinces du Rio de Janeiro et de Minas Geraes*. Tres años después aparece *Voyage dans le district des diamants et sur le littoral du Brésil*. Pero la tercera entrega, *Voyage aux sources du Rio de S. Francisco et dans la province de Goyaz*, deberá esperar hasta 1847, y la carta, *Voyage dans les provinces de Saint-Paul et de Sainte-Catherine*, hasta 1851. Cada uno de los cuatro volúmenes consta de dos tomos, y la suma total de los ocho libros representa unas tres mil quinientas páginas: a pesar de su dilatada construcción, el edificio luce al fin y al cabo imponente. En lo que a viajeros franceses a América Latina en el siglo XIX se refiere, solo lo supera –no en calidad, sino en extensión– el *Voyage dans l’Amérique méridionale*, obra de otro naturalista, su afamado contemporáneo Alcides D’Orbigny³.

Se trata, sin embargo, de un edificio inconcluso, puesto que la relación del gran viaje al sur, que se extiende sobre el tercer y el cuarto volumen, se interrumpe cuando el viajero, procedente de Santa Catarina, se encuentra a punto de entrar en la provincia de Rio Grande do Sul, en junio de 1820. La muerte, que sorprendió a Saint-Hilaire dos años después de la publicación del

¹. *Aperçu d’un voyage dans l’intérieur du Brésil, la province Cisplatine et les missions dites du Paraguay*, Paris, A. Belin, 1823.

². *Histoire des plantes les plus remarquables du Brésil et du Paraguay* (1824), *Plantes usuelles des Brésiliens* [sic] (1824-1828), *Flora Brasiliae Meridionalis* (3 tomos, 1825-1832). Es de notar que Saint-Hilaire aprovechó también su viaje para formar y enviar a París una significativa colección de aves, insectos, cuadrúpedos, reptiles y peces.

³. Los cuatro volúmenes fueron editados en París, el primero por Grimbert et Dorez, el segundo por la Librairie Gide, los dos últimos por Arthus Bertrand (nota: el segundo tomo del tercer volumen apareció en 1848, un año después del primero). De aquí en más, las referencias a esta serie comportan tres números, los del volumen (I, II, III o IV), del tomo (1 o 2) y de la página citados. Debe agregarse que Saint-Hilaire publicó también, durante esos años, una serie de artículos sobre sus viajes en las revistas *Nouvelles Annales des Voyages* y *Revue des Deux Mondes*.

cuarto volumen, no le dejó tiempo de proseguir. No obstante, al iniciar la publicación de la serie había explicado, en el prólogo (I, I, viii), que el texto que entregaba a los lectores de 1830 se apoyaba en el diario que con sumo tesón se había esforzado por redactar, casi cada noche, durante su periplo americano. La existencia de este documento fue la que permitió que, en 1887, mucho después de su muerte, se publicara en Orleáns, su ciudad natal, un grueso libro de seiscientas páginas titulado *Voyage à Río-Grande do Sul* que, al reproducir fielmente las páginas del diario correspondientes al resto del viaje al sur, aportaba de alguna manera la piedra que faltaba, y clausuraba definitivamente la historia⁴.

En virtud de un estilo siempre pulido y elegante, muy representativo de los parámetros letrados de la época, la lectura de las tres mil quinientas páginas (que son en realidad cuatro mil, si agregamos las del diario) se hace amena, y el interés se mantiene de manera casi constante. Como era de esperar, los apuntes botánicos, presentados aquí al paso y sin aridez técnica, abundan, pero se insertan en un conjunto mucho más amplio, que abarca innumerables descripciones, reseñas e informaciones sobre una pluralidad de aspectos de las diferentes regiones visitadas. Con mayor o menor detalle, Saint-Hilaire escribe y se documenta sobre todo lo que puede: historia, geografía, economía, administración, política, religión, clima, agricultura, alimentación, costumbres. Uno de los campos en los que con más perseverancia e interés se ejerce su pesquisa es el de la etnología: capítulos enteros están dedicados a sus diversos encuentros con grupos indígenas, y dan invariablemente lugar a pormenorizadas consideraciones lingüísticas: Saint-Hilaire describe sonidos, esboza vocabularios interpreta sentidos⁵.

A pesar de su declarado afán por mantener la neutralidad propia de una simple “relación”, libre de vistosas interferencias personales, así como de efectismos literarios⁶ no faltan –no podían faltar– los comentarios y reflexiones inspirados por esta masa de observaciones relativas no ya a la flora, sino a los

⁴. El libro (editado por H. Herluison) fue compaginado y prologado por R. de Dreuzy. En la sección final (caps. XXIII-XXVIII, pp. 339-614) se reproduce otro diario, el “*Livre du Voyage que j’ai entrepris de faire de Río de Janeiro a Villa Rica et de Villa Rica á Saint-Paul pour aller chercher les 20 caisses que j’ai laissées dans cette dernière ville*”. Este cuarto y último viaje se llevó a cabo del 28 de enero al 5 de mayo de 1822. Una traducción al español de las páginas del diario dedicadas a la Banda Oriental (caps.V-XV) fue publicada con el título *Al sur del Brasil al norte del Río de la Plata* (Montevideo, Universidad de la República, 2005), en una traducción de Mariana Vlahussich y Beatriz Vegh, y con prólogo de Arturo Ariel Bentancur.

⁵. Ver, entre otros, los caps. II (pp. 37-47) y XVII del primer volumen, o III, VII y IX del segundo.

⁶. “Je me permettrai peu de réflexions; je dirai ce que j’ai vu; je tâcherai de présenter les faits sous leur véritable aspect et le plus souvent je laisserai le lecteur en tirer des conséquences” (I, I, IX); “J’ai cru devoir bannir de cet ouvrage les tableaux romanesques et les morceaux d’effet, pour m’en tenir strictement à esquisser d’une manière fidèle les objets qui se sont successivement présentés à mes regards” (II, I, 82). “Peut-être les voyageurs feraient-ils bien d’abandonner aux romanciers ces morceaux d’effet qui ne se font guère qu’aux dépens d’une parfaite exactitude.” (II, I, 304)

diferentes grupos sociales con los que se encuentra el viajero. Saint-Hilaire va en pos de un vasto herbario, pero este propósito central no logra (o no quiere) abstraerlo en ningún momento, hasta en los aspectos más prácticos y materiales de la recolección, de las realidades humanas. Sus reflexiones al respecto, si bien en general efectivamente discontinuas y medidas, tienen a pesar de todo un claro hilo conductor, y van poco a poco definiendo una mirada que no es solo la de un botanista, sino también, obviamente, la de un europeo ilustrado de comienzos del siglo XIX, transplantado (valga aquí la metáfora) a los márgenes del mundo. Y en este sentido, su texto no escapa a la perspectiva que caracteriza, según Mery Louise Pratt, a la gran mayoría de los *travel writers* europeos posteriores a Humboldt, regidos por un sentido unidireccional de la historia, por una vara de medida exclusivamente articulada en su polo superior, en torno a los conceptos de “civilización” y de “progreso”, y por la idea de que las jóvenes naciones periféricas que visitan son organismos atrasados y pasivos, que deben ser ayudados, orientados, encaminados hacia un estado de desarrollo productivo⁷. Por supuesto, la misma definición de esa “ciencia” a la que Saint-Hilaire sirve con abnegación en el Brasil forma parte de este dispositivo bipolar; como bien lo señala Lorelai Kury: “El sentimiento de filantropía que permeaba las actividades de los viajeros-naturalistas parte de una distinción inicial básica: países civilizados con ciencia; y países no totalmente civilizados con prácticas empíricas tradicionales”⁸.

Cierto es que Saint-Hilaire se muestra mucho menos inflamado que sus contemporáneos (ingleses, especialmente) por una retórica empresarial de conquista, y que pocas veces aflora en su discurso la tonalidad de desprecio tan frecuente en otras voces. El énfasis se halla a menudo puesto, más bien, en el desafortunado desajuste de las estructuras sociales y políticas, en el intento de comprender las circunstancias históricas –el pesado lastre del sistema colonial, en primer lugar– responsables de las carencias y los vicios denunciados. Pero ello no quita que todo se inscriba en un horizonte de valoraciones y, sobre todo, de expectativas, enteramente ocupado, otra vez, por un concepto de “civilización” creado e impuesto por otras naciones. En esa óptica, el Brasil resulta para él un país “semi-civilizado”⁹, estancado en un estado del

7. *Imperial Eyes*, London, Routledge, 1992 (ver cap. 7, especialmente, pp. 144-55). La imagen (industrial e industrial) de una “puesta en marcha de la maquinaria” es reveladora: “Man alone i wanting to set me whole machine in motion”, escribe Charles Cochrane, viajando por Colombia en 1823 (citado en Pratt, p. 149).

8. “On sent que la matière médicale des Brésiliens, fondée sur le seul empirisme, doit être fort imparfaite” (I, 2, 93). Mi cita de Lorelai Kury proviene de su artículo “Auguste de Saint-Hilaire, viajante ejemplar” en *Revista Intelectus*, www.intelectus.uerj.br, año II, N° I). Ver también, de la misma autora: “La politique des voyages et la culture scientifique d’Auguste de Saint-Hilaire (1779-1853)”, en Laissus, Yves (coord.) *Les naturalistes français en Amérique du Sud, XVIe-XIXe siècles*, Paris, C.T.H.S., 1995, pp. 235-41. “Auguste de Saint-Hilaire: un botaniste français au Brésil”, en su libro *Histoire naturelle et voyages scientifiques*, Paris, L’Harmattan, 2001, pp. 161-169.

9. “...un pays corrompu par un long despotisme et seulement a demi civilisé comme le Brésil” (II, 2, 68).

que la indolencia, la apatía, la inercia, la ociosidad, la holgazanería, términos todos que vuelven repetidamente en sus escritos, constituyen el síntoma (o la causa) más evidente¹⁰. Y si no representa ni se identifica con ninguna fuerza económica metropolitana, sí vislumbra –y hasta ocasionalmente sueña con– los beneficios para el Brasil de una indispensable colonización, en el sentido específico de un poblamiento de sus “desiertos”, de una expansión de sus fronteras internas, de una explotación racional e industriosa de sus cuantiosos recursos¹¹.

Esta postura es naturalmente la que lo acompaña también a fines de mayo de 1820, cuando penetra en la provincia de Rio Grande do Sul para abrir desde allí, no sin cierta aprensión, un largo capítulo anexo de su viaje al sur, dedicado a la Banda Oriental, y al territorio de las Misiones¹². A partir de ese momento, el trópico quedaba atrás, y cambiaba notablemente la geografía física. Cambiaban, sobre todo, los modos de vida: si la provincia de Santa Catarina era agrícola, o se volcaba hacia el mar, los inmensos y ricos campos de Rio Grande do Sul eran esencialmente ganaderos: “Dans la capitainerie de Rio Grande, lorsqu'on sait galoper sur un cheval indompté, jeter le lacet, lancer les boules, châtrer un taureau, égorger un boeuf et le dépecer, on ne veut rien savoir de plus”, escribe con sorna¹³. Y como se puede deducir fácilmente

¹⁰. “Après avoir eu trop souvent sous les yeux le spectacle affligeant de l'indolence et de l'apathie, j'éprouvai une véritable jouissance, en contemplant enfin celui de l'industrie et du travail” había señalado en la introducción a *Histoire des plantes les plus remarquables du Brésil et du Paraguay*, refiriéndose a un establecimiento de minería. Pero para el resto del país, su diagnóstico es categórico: “Compagne des mauvaises moeurs, la faïnéantise est une des principales plaies de cette contrée” (111, I, 127). Lo mismo, un poco más explicable: “Pour retremper une telle population, il eût fallu pouvoir l'instruire et l'attacher au travail; mais de qui les habitants de ces déserts recevraient-ils quelques leçons de morale et de religion, ou même l'instruction la plus élémentaire? Et pourquoi travailleraient-ils, quand leurs besoins si peu nombreux sont satisfaits? Dans ces contrées, l'isolement détruit l'émulation; la chaleur du climat invite à l'oisiveté, on n'exerce plus son intelligence, on ne pense plus, et l'on tombe dans une sorte d'hébètement grossier” (111, I, 217-8).

¹¹. “On n'a pour ainsi dire en écrit, du moins a ma connaissance, sur les déserts de Goyaz, sur ces délicieux ‘campos géras’, qui conviendraient si bien a des colonies européennes (I, I, xi)” ; “ces beaux déserts contiennent les germes d'une grande prospérité; un temps viendra où des cités fleurissantes auront pris la place des misérables chaumières dans lesquelles je pouvais a peine trouver un abri” (III, I, viii); “les éléments d'une prompte réforme manquent dans des contrées où la population est si faible et où l'ignorance est encore si profonde. Au reste, la peinture que je présente ici (...) montrera á ses habitants de quel point ils sont partis pour entrer dans la carrière des améliorations” (I, I, xi-xiii) (bastardillas mías). Mi expresión “sueña con...” alude al tropo de la “industrial revery”, recurrente, según M. L. Pratt, en los escritos de ciertos viajeros de la “vanguardia capitalista” (*op. cit.*, p. 150), y responde, sobre todo, a dos páginas sorprendentes en las que, casi por vez única en su vasta obra, Saint-Hilaire se permite un fantasía “literaria”, imaginándose convertido en un colono feliz en el seno de una Arcadia forestal: “Je me voyais possesseur de quelques lieues de terrain sur les bords du Jiquitinhonha... [etc.]” (I, 2, 182-4).

¹². “Poussé par je ne sais quel instinct, j'allais commencer un nouveau voyage qui ne devait pas durer moins d'un an, et cependant je soupirais après l'instant où j'aurais la forcé de mettre un terme á cet exil volontaire”, escribe al final del cuarto volumen, al evocar su paso por la localidad de Laguna (IV, 2, 392).

¹³. *Aperçu d'un voyage...*, p. 54.

de lo que antecede, cambiaban igualmente las costumbres alimentarias: “Partout on nous sert á manger lorsque nous arrivons; le repas se compose uniquement de viande: ce sont des volailles et de la vache qui paraissent sous différentes formes, rôties, bouillies ou fricassées”, apunta en el diario el 4 de agosto (61)¹⁴. La fuerte probabilidad, según le anuncian, de no encontrar variación alguna a esta dieta, por lo menos hasta Montevideo, no deja de prostrar aún más su ya menguado ánimo, y de irritarlo: “Comment par exemple des Européens auraient-ils pu se contenter de vivre uniquement de viande sans sel, sans farine et sans pain?” (83).

Pero lo grave del asunto no es tanto para él la monotonía de este régimen, sino su efecto sobre las mentalidades: “Les habitudes carnassières des habitants de cette capitainerie les rendent cruels et sanguinaires” (42). En realidad, lo que Saint-Hilaire está postulando, sin aclararlo del todo aquí, es que la “crueldad”, la insensibilidad ante el dolor de los habitantes de esta provincia, no se debe tanto al régimen carnívoro en sí mismo, sino a las tareas y prácticas cotidianas que este presupone. Lo enunciará ya mucho más explícitamente un par de meses después, al afirmar que los riograndenses “vivent pour ainsi diré au milieu des boucheries, le sang des bestiaux coule sans cesse autour d’eux et dès leur enfance ils s’accoutument au spectacle de la mort et des souffrances” (76)¹⁵. En otras palabras, la economía ganadera predispone a la violencia física y, ¿por qué no?, a la guerra, en una relación de causa-efecto que como lo señaló un historiador uruguayo, se convirtió casi en un lugar común de la literatura de viajes al Río de la Plata durante el siglo XIX¹⁶, y que reaparece, a mediados del XX, hasta en las páginas de Ezequiel Martínez Estrada¹⁷.

De guerra, hay que admitirlo, se trataba, o se había tratado hasta hacía muy poco, en los campos hacia los que se dirigía ahora este europeo vuelto a la fuerza carnívoro. Al *cruzar* el límite sur de la provincia de Rio Grande, en los primeros días de octubre, el viajero está penetrando en un espacio que

¹⁴. Todas las referencias de esta parte del viaje al sur remiten al volumen de 1887 (*Voyage á Rio-Grande do Sul*) para aligerar la anotación, de aquí en más se indicará en el texto mismo, entre paréntesis, la página citada o aludida.

¹⁵. Más adelante, una descripción de las “charqueadas” (es decir de la faena de vacunos para producir carne seca) concluye con acentos dramáticos: “Lorsque je me représente cette foule d’animaux égorgés, le sang qui coule par torrent, des ossements entassés, cette prodigieuse quantité de morceaux de chair exposés sur les séchoirs, il me semble que ces lieux doivent inspirer le dégoût et l’horreur” (105).

¹⁶. Ver los elocuentes ejemplos, aún más “dramáticos” que los de Saint-Hilaire, citados por José Pedro Barran en la sección titulada “Ganadería y violencia física” de su *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, Tomo I, “La cultura bárbara (1800-1860)”*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1990, pp. 37-39.

¹⁷. “La práctica cotidiana de desjarretar y degollar centenares de reses por día dio al gaucho que se incorporó a la mazorca de Rosas y a las montoneras una indiferencia idéntica a la profesional en la degollación y castración de los enemigos” (*Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, 2ª ed. corr., tomo I, México, FCE, 1958, p. 361). Según Martínez Estrada, esta “concomitancia secreta e inevitable” entre un oficio y una psicología ya había sido reconocida, antes que él, por Sarmiento, Ramos Mejía, el general Paz, Echeverría, Mármol, y hasta por... Isadora Duncan y Bernard Shaw (362).

había sido desde tiempo atrás objeto de complejas pugnas geopolíticas, y escenario, en los diez años transcurridos desde el inicio del movimiento independentista, de diversos enfrentamientos armados. Pero en 1820, el ejército portugués acaba de consolidar la ocupación iniciada cuatro años antes, pacificando así momentáneamente la Banda Oriental.

Saint-Hilaire descubre que el paso de la frontera no interrumpe la continuidad geográfica y económica que une ambos territorios. La cultura ecuestre es la misma (212, 252), el consumo de mate sigue siendo general y permanente (120). Los campos y el ganado, observa, son incluso mejores de este lado¹⁸. Pero también percibe muy pronto las diferencias, que van más allá de la lengua o de la vestimenta¹⁹. Como para Juan Dahlmann en un célebre cuento de Borges, el viaje de Rio Grande a la Banda Oriental no es solo para él un viaje en el espacio, sino en el tiempo. La regresión es notoria. Las secuelas de la guerra son visibles. En los campos, mucho más deshabitados, abundan los perros cimarrones (147) y las tropillas de baguales (150, 232). Fuera tal vez de las escasas aglomeraciones, los hombres son toscos, groseros, desprovistos de educación (212); muchas veces también duros, indiferentes y egoístas (189). Sus casas están descuidadas (164) y sucias (223). En resumen, “Les gens de la campagne, la plupart Indiens ou métis, mènent une vie animale, étrangers à tout sentiment de religion ou de morale” (236).

Esta deplorable situación no es del todo coyuntural, y su razón de fondo aparece discretamente intercalada en la frase anterior. De Rio Grande a la Banda Oriental, lo que sí cambia, fundamentalmente, es la composición étnica. Si los campesinos del sur del Brasil eran en su gran mayoría descendientes de hombres de las islas Azores, y por lo tanto, “blancos de raza pura” (217), estos han sufrido (para emplear la palabra adaptada a la idea del autor) un fuerte mestizaje con las primitivas poblaciones indígenas. El tipo humano resultante de esta mezcla poco feliz es decididamente peor que el del indio puro, y se confunde en gran medida con la figura del “gaucho”, un término (diversamente ortografiado en el texto) transformado en paradigma de males (266-8), y en sinónimo de “salvaje” o de “bandido”. Los gauchos, en la versión que Saint-Hilaire recoge de sus informantes, formaron en la década anterior el grueso de los ejércitos “patriotas” liderados por Artigas (160), ese “jefe de forajidos” (36, 261), pero aprovecharon la guerra ante todo para su beneficio personal, provocando diversos estragos. Solo la invasión y la “pacificación” del país a manos del encomiado general Lecor pudieron poner algún coto a esta anarquía, pero, ¿a qué costo, y por cuánto tiempo? Saint-Hilaire hace varias conjeturas sobre el futuro y la viabilidad

¹⁸. “Nulle part peut-être il n'existe de meilleurs pâturages; la terre est partout d'une grande fécondité, et les bestiaux beaucoup plus beaux que dans les possessions portugaises” (*Aperçu d'un voyage...*, 61).

¹⁹. El uso del “chiripá” parece distinguir inmediatamente a los “españoles” de sus vecinos “portugueses” (131, 151).

de la causa portuguesa (262), con la que se identifica, porque es para él, a todas luces, la de la civilización²⁰.

Su único refugio en la Banda Oriental está en la capital, Montevideo, en donde Saint-Hilaire pasa todo el mes de noviembre. La ciudad no tiene más de quince mil habitantes, según la estimación que se le comunica, pero le resulta “la más animada de toda las que ha visto en América” (203). Su mejor momento allí, repetido luego casi cotidianamente, es su encuentro con una figura gravitante en la formación del incipiente campo intelectual local, el religioso, político y naturalista Dámaso Antonio Larrañaga, un hombre cuyos vastos conocimientos en botánica, que le habían sido ponderados en Porto Alegre, comprueba con sorpresa, y admiración²¹.

Fuera de este refugio, sin embargo, impera la barbarie. La palabra, que no había empleado sino muy rara vez hasta ese momento, hace por fin su aparición, a modo de balance definitorio, y definitivo, cuando en febrero de 1821, ya casi al término de su periplo por la Banda Oriental, Saint-Hilaire es invitado a almorzar a la casa de un oficial, que le ofrece lo único de que, a pesar de su rango, dispone, vale decir, carne, mate y algún que otro cigarro:

Il paraît, à la vérité, fort contenu, mais il n'en est pas moins vrai qu'une telle existence doit nécessairement conduire à *une entière barbarie* un peuple qui sait s'en contenter. Borner tous ses talents à savoir monter à cheval, tous ses besoins à manger de la viande, c'est se réduire à l'état des Indiens et s'éloigner de l'état de civilisation qui, nous faisant connaître une foule de jouissances, nous a forcés à travailler, à exercer notre intelligence pour les conquérir et, par conséquent, nous a perfectionnés, puisque c'est uniquement par l'exercice de notre intelligence que nous nous perfectionnons (318-9, bastardillas mías).

Quince días más tarde, la palabra vuelve cuando es recibido por un estanciero, afincado en la región desde temprana edad pero nacido en Europa,

20. Al pasar por Salto, al norte del río Uruguay, Saint-Hilaire contrasta el relativo orden imperante en la Banda Oriental con la desoladora situación en la vecina provincia de Entre Ríos, entonces en manos de los insurgentes vencidos: “Ce pays est livré, actuellement, à la plus affreuse anarchie; tout homme qui a quelque influence sur ses voisins prend le titre de capitaine et se livre à Lille Excel (...) Le meurtre est devenu si commun et se commet avec tant de sang-froid, qu'il n'est, pour ainsi dire, plus regardé comme un crime. Un homme en assassine un autre pour lui enlever la moindre bagatelle et personne n'en est étonné. Au milieu de tant de désordres, on a rué tous les bestiaux des estancias, et, actuellement, les habitants du pays sont réduits à manger des chevaux et tous les quadrupèdes qu'ils prennent” (269-70).

21. “Sans le secours d'un herbier, sans avoir jamais communiqué avec un botaniste, M. Larrañaga, seulement avec quelques livres, est parvenu à déterminer parfaitement un grand nombre de genres difficiles. Il a rédigé un catalogue de 700 plantes qu'il a recueillies auprès de Montevideo” (183-4). Más tarde, los dos hombres van juntos a visitar la Biblioteca Pública y el Hospital Civil (193-4). Sobre el ambiente intelectual de la capital, ver Roca, Pablo, “La formación del campo intelectual montevideano 1787-1837”, en su libro *Poesía y política en el siglo XIX*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2003, pp. 17-47.

lo cual explica, según lo da a atender el viajero, su inusual preferencia por las labores agrícolas. En todo caso, la abundante cena que ofrece, enriquecida con frutas y legumbres variadas, contrasta llamativamente con la anterior, lo cual motiva una breve reflexión del invitado, quien dictamina, en su última anotación en el diario correspondiente a la Banda Oriental, que “La vie pastorale (...) est la première époque de la civilisation, celle où un pays est encore peu habité”, y que al renunciar a las costumbres de la vida agrícola en beneficio exclusivo de la cría de ganado, los primeros inmigrantes a estas comarcas “firent un pas retrograde (...) et ce retour vers la barbarie fut bien plus sensible chez les Espagnols qui se confondaient avec les Indiens (335-6)”.

Sensible, muy sensible, en efecto, y al parecer bastante más que en Rio Grande do Sul, había sido, durante los cinco meses anteriores, el peso agobiante del régimen carnívoro. Las descripciones, más o menos extensas, de comidas propias o ajenas a base de carne se convierten en un *leit motiv* casi gracioso (para nosotros) del diario. Para peor, este plato único se ingiere sin mayores modales y siempre sin cubiertos (160, 172, 224, 33, 322), conformando una escena con claras connotaciones de animalidad: así como un sutil desliz semántico permitía, en una frase ya citada, hablar de “habitudes carnassières” (y no “carnívoras”), una lista de términos fuertemente marcados sustituye varias veces al demasiado neutro verbo “manger”: se trata aquí, más bien, de “devorar” (25), de “se gorger” (217), o de “se repaître”²².

Como vimos, lo grave, lo verdaderamente bárbaro, no reside en la comida misma, sino en lo que la precede y la hace posible, en las prácticas que implica. Nada más fácil ni más trivial, para saciar el hambre, en cualquier instante y en cualquier lugar, que matar un vacuno. Saint-Hilaire no deja de sorprenderse por la rapidez con que este pueblo de carniceros efectúa la tarea, llegado el momento (171-2). Pero la cosa va un poco más lejos, porque detrás de una destreza manual que hasta podría ser apreciada, se perfila algo más complejo y oscuro. En enero, al pasar por la localidad de Belem, el oficial portugués responsable del destacamento local provee generosamente a Saint-Hilaire y a sus acompañantes del alimento necesario para la prosecución inmediata del viaje. La tarde siguiente, el grupo acampa y el viajero asiste a una nueva representación de la escena, más revulsiva para él que las anteriores:

Le major m'a donné cinq vaches, prises parmi celles destinées à la nourriture des soldats, *et quoiqu'il y eût d'autre viande, mes soldats ont voulu en tuer une en arrivant id.* L'instant où se fait cette expédition est pour mes gens un moment de bonheur; la joie resplendit sur toutes les figures; personne alors ne se fait prier pour travailler, chacun veut avoir le plaisir de contribuer à dépecer l'animal, tous l'environnent armes d'un grand couteau, et à peine a-t-il

²². *Aperçu d'un voyage...*, p. 65.

rendu le dernier soupir, qu'ils se jettent dessus comme les urubus sur les cadavres. L'idée de pouvoir bientôt se gorger de viande est un des motifs du plaisir, mais ce n'est pas le seul; le plus grand est de tuer la vache et de la mettre en pièces, indépendamment de toute espérance de pouvoir bientôt satisfaire leur glotonnerie. Cette passion est cependant, il faut l'avouer, une de celles qui dominent les habitants de la capitainerie de Rio Grande. Mathias répète que l'on est dans le paradis lorsqu'on mange et qu'il n'y en a pas d'autres. Le ciel de Mahomet est encore moins grossier. (287-8, bastardillas mías)

Como se ve, ya no se trata aquí de una simple y legítima provisión de alimento, sino de una fiesta bárbara; no estamos en la esfera de la indispensable subsistencia, sino del placer, del desenfreno, del exceso, de la crueldad. Bien mirado, sin embargo, lo más escandaloso, lo que provoca la incompreensión, y luego la repulsa del testigo, es esa gratuidad del asalto a la que alude la primera frase: la matanza era innecesaria, porque la carne recibida del oficial era ampliamente suficiente. En otras palabras, la fiesta quebranta la racionalidad económica, se burla de sus reglas. Estos son ya los términos que emplea diez días después, cuando la imperiosa atracción de la fiesta provoca ahora un enlentecimiento del avance, que el viajero acepta con cierto fastidio:

Ce soir nous n'avons fait qu'une demi lieue, pour qu'on eût le temps de tuer une vache. Ce n'est pas que la dernière n'eût dû nous conduire beaucoup plus loin, mais les soldats qu: m'accompagnent ne connaissent ni ordre, ni économie. C'est un bonheur pour eux de *jeter*, de *gaspiller*, de *perdre*. (309, bastardillas mías)

“Jeter”, “gaspillar”, “perdre”: el escándalo moral de la vida bárbara es entre otras cosas –¿o ante todo?– un escándalo económico, y viceversa. La repetida escena de la carnicería campestre condensa inmejorablemente las razones por las cuales la Banda Oriental vive con alegre –y feroz– desparpajo –al margen de la racionalidad económica²³. No la hay porque no funcionan sus pilares. No hay acumulación de bienes, es decir, no hay provisión, ni previsión: se vive sin otra perspectiva que la del día a día; no hay verdaderamente propiedad, ni parece importar mucho que la haya: se deambula libremente por los campos de Dios, con la seguridad de encontrar fácilmente techo y alimento²⁴.

23. “Dans ce pays il n'y a guère que les étrangers qui économisent; quant á nous [habilla el propitiation de una estancia], nous dépensons notre argent aussitôt que nous le gagnons et nous vivons toujours mal (...) *Cet amour du travail, cet esprit d'ordre et d'économie qu'apportent ici les Européens, ils ne lescommuniquent jamais á leurs enfants.*” (158-9)

24. “Les vastes campagnes que je parcours sont habitées par des Indiens civilisés et plus encore par des métis qui n'ont aucune propriété, vont d'une estancia dans une autre, se mêlent sans cérémonie aux habitants de la maison et mangent de la viande avec eux tant qu'ils en ont envié (...) *Jamais ils ne mettent rien de coté (...)* Des Indiens et des métis, ces moeurs ont passé aux hommes blancs; *presque personne n'amasse.*” (155, bastardillas mías).

Y sin que se sepa bien cuál de estos factores es el primero en importancia, y comanda a los demás, tampoco, por supuesto, se trabaja: la pereza, la poca aptitud y la poca voluntad de emprender, de esforzarse (192, 266), son defectos constantemente denunciados por Saint-Hilaire desde su llegada al Brasil, y relacionados por lo general con el clima o con la abundancia y el carácter fácilmente asequible del sustento. En la Banda Oriental, la pereza tiene dos símbolos nuevos y privilegiados, tan irritantes como el enlentecimiento de la tropa: por la tarde, la siesta (235) y, en cualquier momento de la jornada, la hamaca, “le meuble par excellence des hommes qui aiment a passer leur vie sans rien faire et sans penser” (276).

Por los mismos años en que Saint-Hilaire presencia y comenta estas escenas, otros viajeros destacan de manera muy parecida la crudeza y el dramatismo de un espectáculo jamás visto antes. En realidad, la descripción de los mataderos suburbanos puede ser considerada como otro tópico del *travel writing* sobre el Río de la Plata en el siglo XIX, que aparece en dos libros originados en viajes apenas anteriores al del botanista francés, el de Emeric Essex Vidal²⁵ y el de Francis Bond Head²⁶.

Sin embargo, el texto con el que el relato de Saint-Hilaire podría dialogar de manera más sugestiva no es precisamente de un viajero ni de un extranjero. Se trata de una de las obras fundadoras de la literatura argentina, “El matadero”, que Esteban Echeverría escribió veinte años después del diario del naturalista francés. O tal vez sí podría calificarse a su autor de “viajero”, solo que en un sentido inverso al que suele definir el género de la literatura de viajes -exactamente inverso, en cuanto a Saint-Hilaire. En 1825, mientras este se halla atareado publicando en París sus informes científicos sobre la flora brasileña, Echeverría se embarca para Francia, en un viaje del que regresará cinco años después, y que será tan determinante para el resto de su trayectoria literaria y política como el del botanista.

Como se sabe, el conflicto entre “civilización” y “barbarie” constituye el eje central del texto de Echeverría, alrededor del que gira la oposición entre el joven unitario y los groseros matarifes federales que lo ultiman, así como la truculenta descripción inicial, que traduce el punto de vista urbano, letrado y, en definitiva, “europeizante”, del autor. Por esto último, su mirada sobre el matadero bonaerense no es muy diferente de la de Saint-Hilaire sobre la gratuita y festiva matanza que se lleva a cabo en un solitario paraje del norte de la Banda Oriental, tan alejado, en todo sentido, de su Orleáns natal. No es

25. *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo*, London, R. Ackermann, 1820. “To a foreigner”, escribe en el texto que acompaña una de sus famosas acuarelas, “nothing can be more disgusting than the mode of supplying this place with beef” (ed. facsim., Buenos Aires, Viau, 1943, p. 35).

26. *Rough Notes taken during some rapid Journeys across the Pampas and among the Andes*, London, John Murray, 1826; ed. de C. Harvey Gardiner, Southern Illinois University Press, 1967, 21-3.

diferente, claro, en cuanto a la escala de valores subyacente, y a la inmediata censura que esta dicta, pero tal vez tampoco lo es –la hipótesis merece ser contemplada, creo– en cuanto a una cierta ambigüedad, la de un espectador secretamente dividido entre el previsible, casi obligado, rechazo, y una íntima e inconfesada –o inconfesable– atracción. Esta oscilación entre horror y seducción, entre distancia y complicidad, ya comentada a propósito de *Facundo*, se plantea también en relación con “El matadero”, en el que varios indicios pueden hacer pensar en un cuestionamiento oblicuo, por parte de Echeverría, de la categórica dicotomía sobre la que funda su “historia”. “Entre los dos mundos escindidos sin fisuras, algo no obstante puede filtrarse y traspasar, aun entre las palabras”, escribe Martín Kohan^{27 28}.

Apoyadas en su condición de europeo y en su estatuto de científico renombrado, las cuatro mil páginas de Saint-Hilaire no podían sino articular, de principio a fin, un discurso acorde con ese mundo bipolar, de jerarquías nitidamente establecidas e incuestionables, del que hablé antes –un discurso que entre otras cosas, genera inevitablemente rechazo ante un despliegue irrestricto de voracidad²⁹. Sin embargo, también este discurso, en apariencia tan seguro de sí mismo, comporta sus fisuras, por más imperceptibles que sean, y produce, imprevistamente, sus pequeños deslices, sus mínimos *lapsas*. Así sucede, por ejemplo, cuando “entre las palabras” de su persistente condena de la imprevisión (“imprévoyance”) tanto de los brasileños como de los

27. “Las fronteras de la muerte”, en Laera, Alejandra y Kohan, Martín (comps.), *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2006, p. 189. Sobre este tema del conflicto, en Echeverría, entre lo propio y lo ajeno, la acción y las palabras, lo intelectual y lo afectivo (etc.), ver también la introducción de Leonor Fleming a *El matadero. La cautiva*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1986, especialmente pp. 68-84.

28. En abril de 1836, un grupo de oficiales franceses, navegando alrededor del mundo bajo las órdenes del capitán Auguste Vaillant, se detiene unos pocos días en Montevideo. La relación del viaje, que comprende tres volúmenes editados entre 1845 y 1852 por Arthus Bertrand (es decir, por los mismos años en que Saint-Hilaire publicaba los últimos dos suyos, y en la misma editorial), dedica un capítulo a esta escala, y refiere, en particular, una visita al matadero local. En el texto, que describe la ejecución de las reses con acentos dramáticos (“en moins d'une heure, plus de cent boeufs jonchaient ce champ de carnage”), se habla también de “incroyable dextérité”, de “hommes intrépides” y de “sauvage énergie”. Esa silenciosa fascinación puede leerse certeramente “entre las palabras” de este párrafo: “Les officiers de la Bonite, placés de manière à voir commodément les divers actes du drame sanglant qui se préparait, ne pouvaient détacher leurs yeux de ces figures brunies par le soleil et animées en ce moment d'une indicible fierté; car le Gaucho est vraiment beau ainsi, quand, la tête haute, immobile sur son coursier demi sauvage (qui semble faire corps avec lui, tant ils sont étroitement unis l'un à l'autre), il prélude à ses exercices favoris” (la Salle, A., *Relation du voyage autour du monde exécuté pendant les années 1836 et 1837 sur la corvette la Bonite, commandée par M. Vaillant, capitaine de vaisseau*, Paris, Arthus Bertrand, 1845-1852, tomo I, p. 221, bastardillas mías).

29. En el primer volumen, ya afirmaba que “Chez notre espèce, la voracité paraît être en raison directe du défaut de civilisation ou du manque d'intelligence”, recordando que “Dans les campagnes de Rio Grande (...) j'ai vu des blancs manger de la viande avec autant de voracité que les Hottentots eux-mêmes”. Por contraste, “chez nous une véritable glotonnerie n'est guère le partage que de quelques individus stupides ou abrutis” (I, 2, 171-2).

orientales (ya sean blancos, indios o mestizos), todos parejamente insensibles a la idea misma de futuro (base, según él, de la civilización), Saint-Hilaire menciona un grupo indígena sorprendentemente “feliz” porque está ajeno “à cette prévoyance qui poursuit les hommes de notre race et *empoisonne le présent pour un avenir incertain*” (111, 2, 270, mi énfasis). O también cuando, tras haber propugnado tantas veces los beneficios de trabajo, observa, en un pueblo activado por enriquecidos pero vulgares comerciantes portugueses, que “Tandis que les Brésiliens dissipent négligemment tout ce qu’ils possèdent, les Européens amassent sou à sou, *et se condamnent à toutes les privations*, pour acquérir de la fortune” (11, 1, 259, mi énfasis).

Y así sucede, por fin, cuando después de haber sentado inequívocamente, en sus numerosas descripciones de grupos aborígenes, la superioridad de la raza caucásica y los valores de la civilización que esta ha edificado (e impuesto), inserta de golpe, en el medio de la rutinaria descripción de un paisaje, esta breve y melancólica consideración que nada hacía prever:

Tout le pays que je parcourais alors était jadis habité par de nombreux indiens. Nous les avons anéantis, et les noms donnés par eux à leurs demeures sont les seules traces qu’ils aient laissées sur la terre; c’est ainsi que le feu, à mesure qu’il avance, fait disparaître l’herbe des savanes. Notre race perverse n’use de sa supériorité sur les autres races que pour les opprimer; nous réduisons les Africains en esclavage, et dans un nombre d’années peu considérable il ne rester; probablement plus de la race américaine que d’obscurs souvenirs. (IV, 1, 324-5)

Cuando se publicaron estas líneas, en 1851, dos años antes de la muerte de Saint-Hilaire es probable que la escena del festín carnívoro de la campaña oriental estuviera muy cerca de ser para él, como tantos episodios de sus lejanas andanzas por el Brasil, otro “obscuro souvenir” más. Resulta tentador, sin embargo, imaginarlo hojeando el diario que no tendría tiempo ya de publicar y, a pesar de tantas palabras contrarias acumuladas, rememorando por un instante, con la misma melancolía con la que evoca aquí la inexorable desaparición del mundo indígena, el feliz, libre e imprevisor desenfreno de los sentidos de sus acompañantes americanos, en aquella remota tarde de 1821.